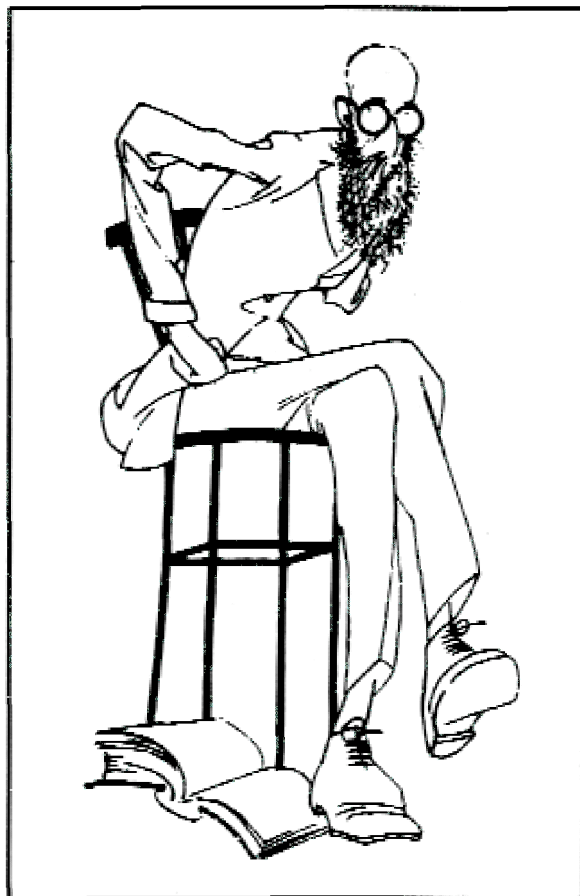


Ya con ésta me despido

Los escritores y la muerte

Ignacio Solares

“Sólo lo que da sentido a la muerte da sentido a la vida” dice Ignacio Solares. La muerte acecha siempre y es, nadie lo duda, una cita impostergable. He aquí cómo encararon su destino final escritores tan importantes y tan conocedores de la naturaleza humana como Malraux, Kafka, Baroja, Bioy Casares y Whitman.



Ramón del Valle-Inclán

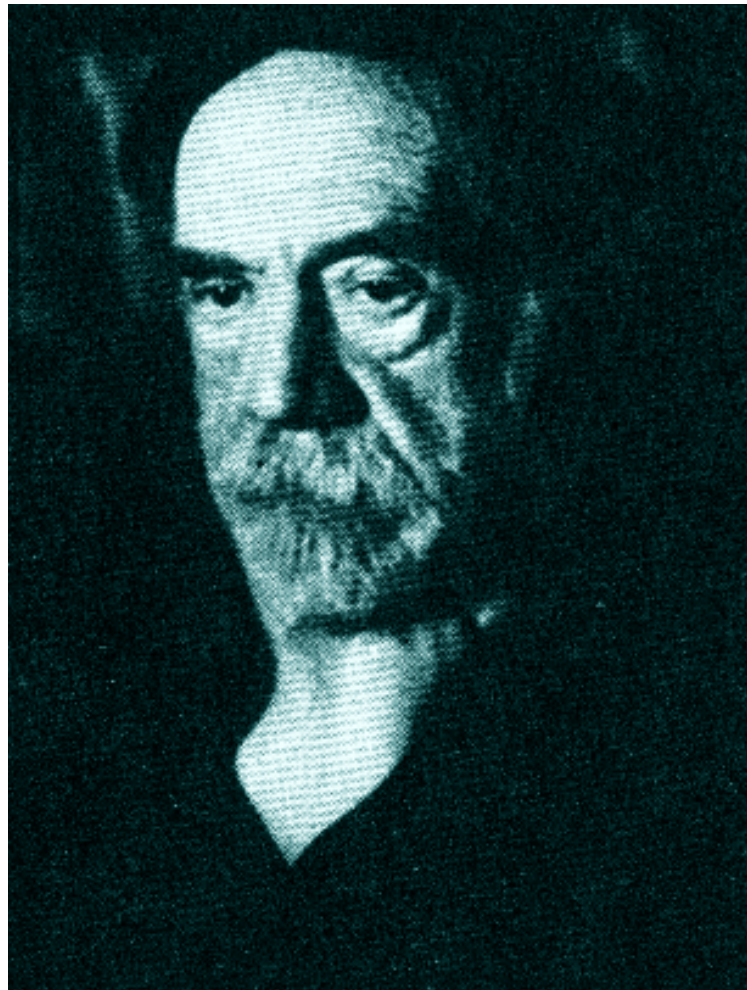
*Para Antonio Navalón,
por nuestras pláticas sobre el tema.*

Una fábula zen dice que la manifestación inmediatamente anterior a la iluminación es la sonrisa, cuando no la risa franca y abierta. André Malraux menciona la fábula en el párrafo final del último tomo de sus *Anti-memorias*, escrito unos meses antes de morir. Dice: “he sentido a la muerte alejarse” a partir de que lo invadió “una ironía inexplicablemente reconciliadora”, tal como lo menciona la fábula zen. Además, dentro de su visión alterada por la fiebre, vio en su propio gato la sonrisa flotante, como una media luna, del gato invisible de *Alí en el país de las maravillas*.

¿A qué más puede aspirarse en esta pobre vida, dure cuanto dure? La historia de una vida es, en el fondo, sus sueños y sus fabulaciones sobre la muerte. Para enfrentarla o para negarla. Hay quienes prefieren mirarla como una posibilidad futura, mientras más remota mejor. Y estamos los morbosos que nos regodeamos en su inminencia y que, concluimos, sólo lo que da sentido a la muerte da sentido a la vida. La sonrisa última de Malraux es anunciadora de que la muerte, al asumirla, vale por



Walt Whitman



Pío Baroja

sí misma, más allá de creencias o ideologías (Malraux no era creyente). Y también nos invita a suponer que, de alguna manera, toda sonrisa en todo lugar es anunciadora de una posible iluminación. ¿Y por qué no? Al darse en el instante de la muerte, ya no deja lugar a dudas. Con la ventaja de que la sonrisa ahuyenta a la solemnidad, esa voluminosa señora de la que hay que huir siempre. Como decía Cortázar, mis más profundos pensamientos oscilan entre el infinito y el estornudo alérgico. Y también de él es esta frase antológica que no viene a cuento pero que quizás algo tenga que ver con lo antes dicho en tanto que nos refiere a un velorio: “Era de risa: todos lloraban”. Por eso Pío Baroja decía que vivía (sobrevivía) como podía, o mejor, como lo dejaban los demás, pero que su muerte sí podía elegirla del todo antiolemne, y tenía de modelo a un amigo que prometió que sus últimas palabras serían:

—Plam, plam, se acabó— a la vez que chasquearía los dedos justo un instante antes de quedarse muerto.

Pero Baroja desistió porque, contaba, a su amigo le falló el cálculo y gritó lo de “plam, plam, se acabó”, y chasqueó los dedos con demasiada anticipación. Después de hacerlo tardó minutos en morir; en plena desesperación y con un rictus de dolor, dice Baroja, insufrible para quienes lo contemplaban.

Por lo tanto, hay que evitar sobreactuarse, ser más certero y encontrar la palabra final adecuada; esto es, no ensayar demasiado y confiar en el último golpe de inspiración. Como Kafka, quien le pidió al médico que lo acompañaba e insistía en molestarlo con sus continuas auscultaciones, que ya se marchara y lo dejara morir tranquilo. El médico se negó y entonces Kafka respondió contundente:

—Pues si no se va usted, me voy yo.

Y se murió.

También resulta admirable e iluminadora, en todos sentidos, la última risa (más bien una carcajada esperpéntica) de Valle-Inclán, quien se incorporó del lecho en que agonizaba para protestar porque, supuestamente, iban a hacerle una transfusión de sangre para la que se había ofrecido Baroja:

—Cualquiera menos él... ¡Tiene la sangre llena de gerundios!

Por su parte, un periodista amigo suyo, registró una agonía estoica y resignada, y sonrisa final de Bioy Casares, aunque no sabemos si alcanzaría a pronunciar la frase que él mismo había dicho que tenía preparada:

—¡Rápido, cochero, al cielo y sin escalas!

Pero la primera condición para una sincera sonrisa final sería no darle demasiada importancia, suponer

Tampoco habría que descartar que en un futuro próximo la ciencia nos ayude a morir, como ahora nos ayuda a nacer.

que nadie la verá o nadie la adivinará y quizá más bien se esconda detrás del rictus angustioso del personaje de Baroja. Y que la última frase, si alcanzamos a pronunciarla, nadie la escuchará bien, o la alterarán o, lo más probable, la oirán pero a nadie le importará. Y aún peor, que será exactamente contraria a la que quisiéramos ha-

ber dicho, como le sucedió a Walt Whitman, quien después de haberse pasado años buscando una palabra que resultara un digno colofón a su larga y fructífera vida, sólo se le ocurrió ésta:

—¡Mierda!

Los dolores corporales finales pueden jugarnos una mala pasada, tal como cuenta Francisco León en su hermoso libro *El canto del cisne* que le sucedió a Berlioz.

—Siento que voy a morir y no puedo más... En este momento ya no creo en nada.

Lo más aconsejable sería entonces no hacer demasiados planes, no darle una importancia anticipada al mero acto de morir, para que a partir de ahí nazca, si es que nace, lo que tenga que nacer, sonrisa, rictus o una simple sombra negra como el olvido. Total, si hay testigos, ya para entonces deben de importarnos tanto los de aquí como los de *allá*, los que quizá lleguen a recibirnos, como asegura Elisabeth Kubler-Ross, fundadora de la Tanatología: “Hoy es posible afirmar que nadie muere solo, ya que se repite como una constante en la mayoría de los casos que el moribundo vea llegar a sus seres queridos ya muertos”.

Lo que da un sentido aún más angustioso a la figura que Proust vio acercarse a su lecho en el momento mismo de morir:

—¡Viste de negro y es horrible!

Cuenta Savater que una tía suya dijo esta frase antológica en plena agonía:

—Espero que ahora que voy a tener a Dios frente a mí, mejore la opinión que tengo de Él.

Javier Cercas menciona un par de casos por el mismo rumbo, en un reciente artículo publicado en la revista de *El País*. El asesino ruso Vladimir Ke roukian fue instado a abjurar del demonio por un clérigo, a quien contestó, muy serio:

—No creo que sea éste el mejor momento para hacerse de enemigos.

Cercas dice que un tal general Narváez, a quien un sacerdote pedía que, antes de morir, perdonara a sus enemigos, dijo:

—No es necesario. Ya los he hecho matar a todos.

Y Jimmy Glass, antes de tomar asiento en la silla eléctrica, se rascó la cabeza y exclamó:

—Hoy me hubiera gustado más ir a pescar.



Oscar Wilde



André Malraux



Franz Kafka

Y concluye Cercas que reírse al final es la mejor forma de plantarle cara a la muerte, igual que es la mejor forma de plantarle cara a la vida. “Lo curioso es que quienes más se atreven a hacerlo sean delincuentes, asesinos, pistoleros, espías y, en general, gente poco recomendable socialmente”. Aunque hay excepciones, por más que se trate de humor involuntario. Ahí está el caso de Conrad Hilton, fundador de la famosa cadena hotelera, a quien poco antes de morir le preguntaron si deseaba transmitir un mensaje grabado a sus numerosos empleados y dijo:

—Por favor, la cortina de la regadera hay que ponerla siempre por dentro de la tina porque de otra manera mojan inútilmente el baño.

Aunque quizá, más que decirlo nosotros, habría que pedirle a alguien que tuviéramos junto que nos dijera (o nos gritara, ¿cuál será nuestra capacidad auditiva?) al-

guna frase alentadora. Es lo que quería Gómez de la Serna, que en el momento de morir alguien le gritara lo que a los toreros al abrirse la puerta de cuadrillas para iniciar el paseillo:

—¡Vááámonos!

Y algo importante: huir de la pedantería (otra altiva señora) de frases como aquella última de Goethe:

—¡Luz, más luz!

¿No se referiría más bien a la penumbra en que están normalmente los cuartos de los moribundos, y entonces más que un grito de gracia lo fue de angustia?

Por ese rumbo andaba Descartes, quien creía que el alma y el cuerpo eran entidades separadas y se despidió de aquella diciendo pomposamente:

—Ha llegado la hora de abandonar tu prisión y desprenderte de tus cadenas. ¡Mucha suerte, alma mía!

O Henry James:

...reírse al final es la mejor forma de plantarle cara a la muerte, igual que es la mejor forma de plantarle cara a la vida.



William Yeats



Henry James

Lo más aconsejable sería entonces no hacer demasiados planes, no darle una importancia anticipada al mero acto de morir...

—Ahora, el acto más serio que haya enfrentado en mi vida: ¡morir!

Significativamente, la última obra de Kipling fue un *Himno al dolor físico*, “que hace que el alma olvide al final sus otros infiernos”.

Tampoco habría que descartar que en un futuro próximo la ciencia nos ayude a morir, como ahora nos ayuda a nacer. Pe ro a morir de veras; esto es, a arribar al otro mundo en mejores condiciones, en condiciones más lúcidas. Aldous Huxley lo creía muy sinceramente y por eso unos momentos antes de morir pidió a su esposa que le inyectara una fuerte dosis de LSD, con el que tanto había experimentado, para llegar a la otra orilla

con la mente en plena expansión, *las puertas de la percepción*—según reza uno de sus títulos— ampliamente abiertas.

Pero lo cierto es que —con excepción de la Tanatología— la ciencia en general no ha hecho sino complicar la muerte. Mejor dicho, prolongar inútilmente el dolor y la agonía. Por eso Arthur Koestler fundó en los años ochenta la Sociedad de Eutanasia Voluntaria que se dedica a dar apoyo a quienes deciden abreviar su agonía. El propio Koestler se suicidó en su departamento de Londres, al lado de su joven esposa. La sirvienta los encontró al día siguiente muy tiesecitos y helados, uno al lado del otro, tomados de la mano, con la jarra de té en-

venenado en la mesa de centro. Hasta el perrito que vivía con ellos estaba muerto por ahí. Todo muy inglés.

Oscar Wilde suplicaba que al final de su vida no le llevaran un médico, pero se lo llevaron y, además de las molestias que le ocasionó, Wilde debió reconocer que no tenía con qué pagarle. Por eso pidió que, después de morir, le desprendieran un diente de oro que aún le quedaba y que, suponía, cubriría la consulta. Dijo:

—Siempre viví más allá de mis posibilidades.

En su *Diccionario de últimas palabras*, Werner Fuld menciona la que quizá sea la mejor última frase de todas, y es de Karl Marx. Cuando fue requerido por un amigo para que legase un mensaje postrero a la humanidad, lo sacó con cajas destempladas de su pieza de moribundo:

—¡Fuera! Las últimas palabras son cosas de tontos que no han dicho lo suficiente mientras vivían.

Aunque no deja de ser alentador que un hombre tan angustiado como lo era Wittgenstein dijera a su amigo Maurice Dury poco antes de morir:

—Te aseguro que la vida vale la pena de ser vivida hasta el final, suceda lo que suceda. Y esta conclusión me hace hoy profundamente feliz.

O el viejo W.B. Yeats, encerrado en su torre y ya muy enfermo, gritando:

—¡Conflicto, conflicto, lo que necesitamos es más conflicto!

De una u otra forma, ¿cómo atraer la sonrisa última? Aunque no tenga importancia, aunque ni siquiera necesitemos utilizarla, habría que ensayarla a cada momento. Porque su mera intención implica que se ha aceptado el mundo tal como es, la ironía reconciliadora de la que hablaba Malraux. **U**



Aldous Huxley